

Martín Heidegger

“...POETICAMENTE HABITA EL HOMBRE...”

(“...DICHTERISCH WOHNET DER MENSCH...”)\*

(traducido por Ruth Fischer de Walker)

La palabra (*Wort*) ha sido sacada de un poema de Hölderlin, recibido tardía y peculiarmente, que empieza: “En suave azul florece con el metálico techo el campanario...”\*\*. Para que escuchemos rectamente la palabra “...poéticamente habita el hombre...”, debemos retornarla al poema con circunspección. Haciéndolo pensamos en la palabra. Entonces aclaramos la duda que ella suscita. Pues, de lo contrario, nos falta la libre disposición para responder a la palabra atendiendo a ella.

“...poéticamente habita el hombre...” Que los poetas habitan de cuando en cuando poéticamente es en todo caso concebible. ¿Cómo, sin embargo, “el hombre”, esto es, cada hombre y en forma permanente, ha de habitar poéticamente? ¿No queda la totalidad del habitar incompatible con lo poético? Nuestro habitar está oprimido por la necesidad habitacional. Aun cuando esto fuera diferente, nuestro actual habitar está acosado por el trabajo, es inestable por perseguir el provecho y el éxito, está embrujado por la afición a diversiones y recreaciones. Y allí donde en el actual habitar queda aún espacio y tiempo disponibles para lo poético, se realiza, a lo más, un ocuparse con lo estético, sea esto escrito o radiado. La poesía, o bien se la oculta en un languidecer y revolotear que se malgasta en lo ficticio (*Unwirkliche*) y se la niega como una fuga en lo idílico, o bien se la considera como literatura, cuyo valor es estimado con la medida de la respectiva actualidad (*Aktualität*). Lo actual, a su vez, está conformado y dirigido por medio de los órganos forjadores de la opinión pública civilizadora. Uno de sus funcionarios, vale decir, el promovedor e impulsador a la vez, es el movimiento literario. La poesía, así, no puede aparecer sino como literatura. Y cuando se la considera cultural y científicamente, entonces ella es objeto de la historia literaria. La poesía occidental corre bajo el título general de “literatura europea”.

\* Conferencia dictada por Martín Heidegger, el 6 de octubre de 1951, en la “Bühlerhöhe” y publicada en el libro *Porträge und*

*Aufsätze*, edit. por Günther Neske Pfullingen, 1954.

\*\* Stuttgart. Ed. 2, 1 pp. 372 y ss.; Hellin-grath VI, pp. 24 y ss.

Ahora bien, si la poesía tiene de antemano su única forma de existencia en lo literario, ¿cómo, ahí, ha de fundarse el habitar-humano-en-lo-poético? La palabra, el hombre habita poéticamente, proviene, además, sólo de un poeta, y precisamente de aquél que en su vida no supo arreglárselas. Es la manera de los poetas pasar por alto lo real. En vez de realizar (*wirken*), sueñan. Lo que hacen (*machen*) es sólo fantaseado (*eingebildet*). Las fantasías son tan sólo hechas (*gemacht*). El hacer (*Mache*) se dice en griego ποιήσις. ¿Ha de ser poesía y poético el habitar del hombre? Esto sólo puede suponerlo quien esté al margen de lo real y no quiera ver en qué estado se encuentra la actual vida histórica-social —lo que los sociólogos llaman lo colectivo.

Sin embargo, antes que de un modo tan rudo declaremos incompatible el habitar y el poetizar, bueno será atender prudentemente a la palabra del poeta. Ella habla del habitar del hombre. Ella no describe estados del habitar de hoy. Sobre todo, no afirma que el habitar signifique lo que un habitamiento contiene. Ella tampoco dice que lo poético se agote en un juego irreal de la facultad poética de la fantasía. ¿Quién, entonces, entre los que reflexionan, se atreve a declarar, sin meditarlo y desde una altura un tanto problemática, que el habitar y el poetizar son incompatibles? Tal vez ambos son compatibles. Más aún: tal vez, incluso, uno lleva al otro, a saber, que éste, el habitar, reposa en aquél, lo poético. Por cierto que si tal presumimos, se nos insinúa entonces pensar el habitar y el poetizar a partir de su esencia. Si no nos cerramos a esta insinuación, entonces pensamos lo que en otro pasaje se nombra la existencia (*Existenz*) del hombre a partir del habitar. Con ello, en todo caso, dejamos pasar de largo la habitual representación del habitar, según la cual el habitar no es más que un modo de comportamiento junto a muchos otros. Trabajamos en la ciudad, habitamos, no obstante, en las afueras. Estamos de viaje y habitamos, entretanto, ora aquí, ora allá. El así aludido habitar es siempre sólo lo que un alojamiento contiene.

Cuando Hölderlin habla del habitar humano, está viendo el rasgo fundamental de la existencia (*Dasein*) humana y divisando lo 'poético' a partir de la relación con este habitar comprendido esencialmente.

Por cierto que esto no significa que lo poético sea sólo un adorno y añadidura del habitar. Lo poético del habitar tampoco alude a que lo poético ocurra de algún modo en todo habitar. Mas, la palabra ". . . poéticamente habita el hombre. . ." dice: el poetizar deja, ante todo, al habitar ser un habitar. Poetizar es el propio dejar habitar. Mas, ¿por

medio de qué logramos un habitamiento? Por medio del construir. Poetizar es, en cuanto dejar habitar, un construir.

Así estamos ante una doble insinuación: pensar lo que se nombra la existencia (*Existenz*) del hombre a partir de la esencia del habitar; y pensar la esencia del poetizar como el dejar habitar, como un construir, tal vez, incluso, como *el* construir por excelencia. Si buscamos la esencia de la poesía conforme al sentido ahora nombrado, entonces logramos la esencia del habitar.

Mas, ¿de dónde tenemos nosotros, hombres, la orientación hacia la esencia del habitar y del poetizar? ¿Desde dónde toma el hombre, en suma, la apelación (*Anspruch*) de alcanzar la esencia de una cosa? El hombre sólo puede tomar esta apelación desde donde él la recibe. El la recibe desde el requerimiento (*Zuspruch*) del lenguaje (*Sprache*). Por cierto, la recibe sólo entonces cuando y en tanto él ya atiende a la esencia propia del lenguaje. Entretanto circula un desenfrenado y a la vez hábil hablar y escribir y radiar de lo hablado por el globo terráqueo. El hombre hace ademanes como si él fuera forjador y maestro del lenguaje, en tanto que éste queda, no obstante, el soberano del hombre. Si esta relación de soberanía se invierte, el hombre entonces incurre en extrañas maniobras. El lenguaje se convierte en el medio de expresión. En cuanto expresión, el lenguaje puede caer en simple medio impreso. Es bueno, empero, que en tal uso del lenguaje se mantenga el cuidado del hablar. Pero esto no nos salva, sin embargo, de la alteración de la verdadera relación de soberanía entre el lenguaje y el hombre. Pues el lenguaje propiamente habla. El hombre tan sólo habla en cuanto corresponde (*entspricht*) al lenguaje, oyendo su requerimiento. Entre todos los requerimientos que a nosotros, hombres, nos es dado traer desde nosotros hacia el hablar, el lenguaje es el más alto y por doquier el primero. El lenguaje empieza y termina por hacernos señas de la esencia de una cosa. Esto, sin embargo, nunca quiere decir que el lenguaje recogido en cualquier significación verbal, ya nos provea directa y definitivamente de la transparente esencia de la cosa, como con un objeto pronto para el uso. Pero el corresponder, dentro del cual el hombre propiamente oye el requerimiento del lenguaje, es aquel decir (*Sagen*) que habla en el elemento (*Element*) del poetizar. Cuanto más poético es un poeta, tanto más libre, esto es, tanto más abierto y más propicio para lo imperceptible es su decir; tanto más puramente remite lo dicho por él al oír cada vez más esforzado; tanto más lejano está lo dicho por él de la simple expresión, la que sólo se discute en lo que ataña a su corrección o incorrección.

“...poéticamente habita el hombre...”

dice el poeta. Oímos más claramente la palabra de Hölderlin, si la retornamos al poema del cual proviene. Por de pronto, escuchemos sólo los dos versos de los cuales hemos liberado la palabra, dándole de esta manera un corte. Ellos rezan:

“Pleno de mérito, mas, poéticamente habita  
El hombre sobre esta tierra”.

El tono fundamental de los versos vibra en la palabra “poéticamente”. Esta ha sido realizada según dos facetas: por aquello que la precede y por aquello que le sigue.

Preceden las palabras: “Pleno de mérito, mas...”. Esto casi suena como si la palabra que sigue, “poéticamente”, trajera una limitación al habitar del hombre pleno de mérito. Pero es lo contrario. Sería nombrada la limitación por el giro “Pleno de mérito”, el que “en verdad”<sup>\*</sup> debemos meditar. En su habitar el hombre se hace, en verdad, meritorio de muchas maneras. Pues el hombre cultiva las cosas que crecen de la tierra y cuida también lo que para él crece en abundancia. Cuidar y cultivar (*colere, cultura*) es una manera del construir (*bauen*)<sup>\*\*</sup>. Sin embargo, el hombre no sólo labra (*gebaut*) lo que de sí despliega un crecimiento, sino que él también labra (*baut*) en el sentido del edificar (*aedificare*), en cuanto erige lo que no puede proceder del crecimiento ni consistir mediante el crecimiento. En este sentido, lo construido (*Gebautes*) y las construcciones (*Bauten*), no son sólo los edificios (*Gebäude*), sino que toda obra de mano [obtenida] mediante funciones del hombre. Los méritos de estos diversos modos del construir, empero, jamás colman la esencia del habitar. Al contrario: los méritos de los diversos modos del construir le impiden al habitar incluso su esencia, ya que únicamente a causa de tales méritos, dichos modos serán adquiridos y merecidos. Los méritos, precisamente por su plenitud, introducen forzosamente al habitar por doquier dentro de los límites del mencionado construir (*bauen*). Esto obedece al cumplimiento de las exigencias del habitar. El construir (*bauen*), en el sentido del cuidado campesino del crecimiento y del erigir de construcciones y de obras y del pre-

\* *swar*: zu Wahrheit, in Wahrheit.

\*\* *bauen*, también significa labrar, cultivar. Labrar, en la 6ª acepción del Diccionario

de la Real Academia, es construir (N. del T.).

parar instrumentos, es por de pronto una consecuencia esencial del habitar, pero no es su fundamento, como tampoco su fundamentación. Esta fundamentación debe acontecer en otro construir. El habitual construir, a menudo exclusivamente industrial y por eso el único construir conocido, trae, en verdad, la plenitud de los méritos al habitar. Pues el hombre sólo es capaz del habitar cuando ya ha construido de otro modo, y construye y sigue dispuesto a construir.

“Pleno de mérito (en verdad), mas, poéticamente habita el hombre...”. En el texto le siguen las palabras: “sobre esta tierra”. Pudiere tenerse por superfluo este agregado, pues habitar ya significa: permanencia del hombre sobre la tierra, sobre “esta” a la que todo mortal se confía y se sabe expuesto.

Mas, cuando Hölderlin osa decir que el habitar de los mortales es poético, surge, apenas dicho esto, la apariencia de que el habitar “poéticamente” arrancara a los hombres precisamente de la tierra. Pues lo “poético” pertenece, si se le considera como lo poético, al reino de la fantasía (*Phantasie*). El habitar poético sobrepasa fantásticamente (*phantastisch*) lo real. El poeta enfrenta este temor al decir expresamente, que el habitar poético es el habitar “sobre esta tierra”. De este modo, Hölderlin no sólo resguarda lo “poético” de un fácil mal entendido, sino que señala expresamente la esencia del poetizar mediante la inserción de las palabras “sobre esta tierra”. Esto ni sobrepasa ni va más allá de la tierra para abandonarla ni para flotar por encima de ella. Es el poetizar el que recién trae al hombre a la tierra, a ella, y trayéndolo así al habitar.

“Pleno de mérito, mas, poéticamente habita  
El hombre sobre esta tierra”.

¿Sabemos ahora hasta qué punto habita poéticamente el hombre? Aún no lo sabemos. Aún nos amenaza el riesgo de introducir desde nosotros lo extraño en la palabra poética de Hölderlin. Pues aunque Hölderlin nombra en verdad el habitar del hombre y su mérito, no trae, sin embargo, al habitar en conexión con el construir, como poco antes ocurriera. El no habla del construir ni en el sentido del cultivar, del cuidar y del erigir, ni tampoco en el sentido de que él conciba el poetizar como una manera propia del construir. Por lo visto, Hölderlin no dice lo mismo del habitar poético que lo que nuestro pensar dice. A pesar de ello, nosotros pensamos lo mismo que lo poetizado por Hölderlin.

Aquí, por cierto, es menester atender a lo esencial. Es necesario una breve nota marginal. El poetizar y el pensar se encuentran en lo mismo únicamente cuando y en tanto permanecen determinados en la heterogeneidad (*Verschiedenheit*) de su esencia. Lo mismo (*selbe*) jamás se cubre con lo igual (*gleich*), como tampoco con la vacía uniformidad (*Einerlei*) de lo simplemente idéntico. Continuamente se desliza lo igual a lo indiferenciado (*Unterschiedlose*) para que allí todo se disuelva. Lo mismo es, por el contrario, la conjunta pertenencia de lo heterogéneo a partir de la reunión mediante la diferencia (*Unterschied*). Lo mismo únicamente puede decirse cuando se piensa la diferencia. En el ajuste de lo diferente se ilumina la reuniente esencia de lo mismo. Lo mismo destierra todo celo para conciliar (*ausgleichen*) lo heterogéneo únicamente en lo igual. Lo mismo reúne lo diferente (*Unterschiedene*) en una armonía (*Einigkeit*) originaria. Lo igual, en cambio, lo dispersa en la insípida unidad del uno únicamente uniforme. A su manera, Hölderlin sabía de estas relaciones. En un epigrama que se titula “Raíz de todos los males” dice lo siguiente:

“ er armonioso es divino y bueno; pero ¿de dónde el afán  
Entre los mortales de que sólo uno y lo uno sean?”\*

Si meditamos lo que Hölderlin poetiza sobre el habitar poético del hombre, se nos insinúa un camino por el cual nos aproximamos a lo mismo que el poeta poetiza a través de nosotros, mediante lo pensado diferentemente.

Mas, ¿qué dice Hölderlin del habitar poético del hombre? Buscamos la respuesta a la pregunta, oyendo los versos 24 a 38 del poema nombrado. Pues desde su ámbito son dichos los dos versos ya explicados. Hölderlin dice:

“Si la vida no es más que esfuerzo, ¿puede un hombre  
Alzar la vista y decir: así  
Quiero yo también ser? Sí. Mientras la pureza,  
La amabilidad perduren junto al corazón, no se mide  
Desventuradamente el hombre  
Con la divinidad. ¿Es Dios desconocido?  
¿Es él patente como el cielo? Esto

\* Stuttg. Ed. I, 1 p. 305.

Más bien lo creo. La medida del hombre es.  
 Pleno de mérito, mas, poéticamente habita  
 El hombre sobre esta tierra. Pero no es más pura  
 La sombra de la noche con las estrellas,  
 Si así pudiera yo decir, tal como  
 El hombre, a quien se le llama una imagen de la divinidad.  
 ¿Hay una medida sobre la tierra? No hay  
 Ninguna”.

Meditemos sólo un poco sobre estos versos, y esto con la única intención de oír más claramente lo que Hölderlin quiere decir cuando él nombra el habitar del hombre como un habitar “poético”. Los primeros de los versos leídos (24 al 26) nos dan una señal. Ellos están puestos en la forma de una pregunta confiada que responde afirmativamente. Esta circunscribe lo que directamente expresan los versos ya explicados: “Pleno de mérito, mas, poéticamente habita el hombre sobre esta tierra”. Hölderlin pregunta:

“Si la vida no es más que esfuerzo, ¿puede un hombre  
 Alzar la vista y decir: así  
 Quiero yo también ser? Sí”.

Únicamente en el ámbito del puro esfuerzo se esfuerza el hombre por “mérito”. Ahí él se lo procura con plenitud. Pero al hombre, al mismo tiempo, le está permitido en este ámbito, a partir de él y a través de él, alzar la vista hacia los celestiales. El alzar la vista recorre el arriba-hacia-el-cielo y sin embargo permanece en el abajo-sobre-la-tierra. El alzar la vista mide-de-cabo-a-cabo (*durchmisst*) el entre de cielo y tierra. Este entre es atribuido (*zugemessen*) al habitar del hombre. Llamamos ahora dimensión (*Dimension*) a esta atribuida medición-de-cabo-a-cabo, mediante la cual está abierto el entre de cielo y tierra. La dimensión no proviene de que cielo y tierra estén mutuamente vertidos, sino que el estar vertido reposa más bien en la dimensión. Ella tampoco es una prolongación del espacio tal como habitualmente se le concibe; pues todo lo espacial, en cuanto lo espaciado, requiere a su vez de la dimensión, es decir, de aquello en lo que será insertado.

La esencia de la dimensión es la atribución (*Zumessung*) —aclarada y así medible— del entre: el arriba-hacia-el-cielo como el abajo-hacia-la-tierra. Dejamos sin nombre a la esencia de la dimensión. Según las pala-

bras de Hölderlin, el hombre mide-de-cabo-a-cabo, midiéndose él con los celestiales. El hombre no asume ocasionalmente esta medición-de-cabo-a-cabo, sino que en tal medición-de-cabo-a-cabo, el hombre es ante todo recién hombre. Es por eso que sí puede impedir, disminuir y desfigurar esta medición-de-cabo-a-cabo, pero no puede abstraerse a ella. El hombre en cuanto hombre desde siempre se ha medido en y con algo celestial. También Lucifer proviene del cielo. Por eso en los versos siguientes dice (28 a 29): “El hombre se mide . . . con la divinidad”. La divinidad es “la medida” con la que el hombre mide su habitar, la detención sobre la tierra debajo del cielo. Únicamente en cuanto el hombre re-mide (*vermisst*) su habitar de ese modo, puede *ser* a la medida de su esencia. El habitar del hombre reposa en el re-medir de la dimensión —re-medir que alza la vista— a la que pertenece tanto el cielo como la tierra.

La re-medición no sólo mide la tierra, γῆ, y por eso no es simple geo-metría. La re-medición tampoco mide para sí el cielo, οὐρανός. La re-medición no es una ciencia. El re-medir mide-en-toda-su-extensión (*ermisst*) el entre, que reúne a ambos, cielo y tierra. Este re-medir tiene su propio μέτρον y por eso, su propia métrica.

La re-medición de la esencia humana a la que es atribuida la dimensión, trae al habitar a su plano fundamental. El re-medir la dimensión es el elemento (*Element*) en el cual el habitar humano tiene su garantía, a partir de la cual garantiza. El re-medir es lo poético del habitar. Poetizar es un medir (*messen*). Pero, ¿qué significa medir? Si el poetizar ha de pensarse como un medir, evidentemente no debemos ponerlo en una arbitraria representación del medir y de la medida.

El poetizar es presumiblemente un medir por excelencia. Aún más. Tal vez la frase: poetizar es *medir*, debamos decirla con esta otra acentuación: *poetizar* es medir. En el poetizar acontece lo que todo medir es en el fundamento de su esencia. Por eso es menester atender al acto fundamental del medir. Este consiste en que ante todo será tomada la medida con lo que en cada caso está por medir. En el poetizar ocurre el tomar de la medida. El poetizar es la toma-de-medida (*Mass-Nahme*) entendida en el estricto sentido de la palabra, mediante la cual el hombre recién recibe la medida para la amplitud de su esencia. El hombre despliega su esencia (*wesst*) en cuanto mortal. Así se le llama porque él puede morir. Poder morir significa: ser capaz de la muerte en cuanto muerte. Únicamente el hombre muere, y en verdad, continuamente, mientras él permanezca sobre esta tierra, mientras él habite. Su habitar, sin embargo, reposa en lo poético. Hölderlin ve la esencia de lo



“poético” en la toma-de-medida, mediante la cual se realiza la re-mediación de la esencia del hombre.

No obstante, ¿cómo podremos demostrar que Hölderlin piensa la esencia del poetizar como la toma-de-medida? Nada necesitamos demostrar aquí. Todo demostrar es siempre sólo un intento ulterior sobre la base de pre-supuestos; según como sean puestos, todo puede demostrarse. Es poco, sin embargo, aquello a que podemos prestar atención. Por lo tanto, basta con que atendamos a la palabra propia del poeta. En efecto, en los versos siguientes Hölderlin pregunta ante todo y propiamente sólo por la medida. Esta es la divinidad con la que el hombre se mide. El preguntar comienza con el verso 29 en las palabras: “¿Es Dios desconocido?” Evidentemente no. Pues si él lo fuera, ¿cómo podría él en cuanto desconocido ser la medida en cada caso? Sin embargo —y esto es menester ahora oírlo y sostenerlo— Dios es en cuanto el que Él es, desconocido para Hölderlin, y *en cuanto es este desconocido*, es precisamente la medida para el poeta. Por eso también lo acosa el suscitado preguntar: ¿cómo puede llegar a ser en cada caso la medida lo que según su esencia permanece desconocido? Pues tal cosa, con la que el hombre se mide, debe co-participarse, debe aparecer. Pero si aparece, entonces es conocido. El Dios es, con todo, desconocido, y es, a pesar de todo, la medida. No solamente esto sino que el Dios desconocido que permanece, mostrándose, en cuanto el que Él es, debe aparecer como el que permanece desconocido. La *patencia (Offenbarkeit)* de Dios, y no Él mismo, es misteriosa. Por eso, el poeta pregunta de inmediato la pregunta siguiente: “¿Es él patente como el cielo?” Hölderlin responde: “¡Esto más bien lo creo.”

¿Por qué, así preguntamos ahora nosotros, se inclina hacia allí la presunción del poeta? Responden las palabras inmediatamente a continuación. Brevemente rezan: “La medida del hombre es.” ¿Cuál es la medida para el medir humano? ¿Dios? ¡No! ¿El cielo? ¡No! ¿La patencia del cielo? ¡No! La medida consiste en el modo cómo el Dios desconocido que permanece en cuanto tal, es patente mediante el cielo. El aparecer de Dios mediante el cielo consiste en un desvelar, que deja ver aquello que se oculta. Pero lo deja ver no porque intente arrancar lo oculto desde su ocultamiento, sino que sólo porque protege lo oculto en su ocultarse. Así aparece el Dios desconocido en cuanto el desconocido mediante la patencia del cielo. Este aparecer es la medida en la cual se mide el hombre.

Una medida singular, confusa, así lo parece para el habitual con-

cebir de los mortales, incómodo para el equitativo omnicomprender del diario opinar, que gustoso se afirma como el padrón de medida para todo pensar y conocer.

Una medida singular para el usual concebir y especialmente para el concebir científico, en ningún caso un bastón o varilla al alcance de la mano; pero en verdad más simple para manipular que éstos, con tal que nuestras manos no cojan lo que aquí hay que tomar, sino que sean guiadas por ademanes que correspondan a la medida. Esto acontece en un tomar que jamás se apodera de la medida, sino que la toma en el percibir en conjunto, que permanece un oír.

Mas, ¿por qué ha de ser confiada a los hombres ésta, tan extraña medida para nosotros, contemporáneos, y ha de ser coparticipada mediante la toma-de-medida del poetizar? Sólo porque esta medida mide-en-toda-su-extensión la esencia del hombre. Pues el hombre habita en cuanto él mide-de-cabo-a-cabo el “sobre la tierra” y el “debajo del cielo”. “Sobre” y “debajo” se pertenecen uno a otro. Su uno-en-otro (*Ineinander*) es la medida-de-cabo-a-cabo que en todo tiempo recorre el hombre en tanto que *es* terrenal. En un fragmento \* dice Hölderlin:

“¡Siempre, querida! anda  
La tierra y el cielo sostiene.”

Porque el hombre *es* en cuanto él soporta la dimensión, su esencia ha de ser re-medida cada vez. Para ello, la esencia requiere de una medida que de una vez toque la dimensión total. Ver esta medida como medida, medirla-en-toda-su-extensión y tomarla como medida, es lo que para el poeta se llama: poetizar. El poetizar es esta toma-de-medida, y esto, para el habitar del hombre. Inmediatamente después de la palabra “La medida del hombre es” siguen en efecto en el poema los versos: “Pleno de mérito, mas, poéticamente habita el hombre sobre esta tierra.”

¿Sabemos ahora qué es para Hölderlin lo poético? Sí y no. Sí, en cuanto recibimos un indicio: en qué sentido hay que pensar el poetizar, a saber, como un medir por excelencia. No, en cuanto que el poetizar, como el medir-en-toda-su-extensión, es aquella medida singular que deviene cada vez más misteriosa. Así, por cierto, ha de seguir siendo con

\* Stuttg. 2, 1 p. 334.

tal que estemos preparados para man-tenernos (*auf-zu-halten*) en el ámbito esencial de la poesía.

Sin embargo, de todos modos extraña cuando Hölderlin piensa el poetizar como un medir. Y ello con derecho, mientras concibamos el medir únicamente en el sentido corriente para *nosotros*. Ahí, con ayuda de lo conocido, a saber, con metros y unidades de medida, se mide paso a paso un algo desconocido, de esta manera se hace conocido y así es delimitado en un orden y en una cantidad cada vez abaricable. Este medir puede modificarse en cada caso según la índole del aparato empleado. Pero, ¿quién ocultaría entonces que esta habitual índole de medir, solamente por ser ella la habitual, ya toque la esencia del medir? Si oímos de medida, de inmediato pensamos en el número, y concebimos ambos, medida y número, como algo cuantitativo. Solamente que la esencia de la medida es tan poco un quantum como la esencia del número. Con números nos es posible calcular, mas no con la esencia del número. Cuando Hölderlin ve el poetizar como un medir, y ante todo lleva a cabo el poetizar como la toma-de-medida, entonces nosotros, para pensar el poetizar, debemos primeramente meditar la medida que será tomada en el poetizar; debemos atender a la índole de este tomar que no reposa en un asir como tampoco en un coger, sino que reposa en un dejar-venir de lo a-tribuido (*Zu-Gemessene*). ¿Qué es la medida para el poetizar? La divinidad; ¿por lo tanto Dios? ¿Quién es Dios? Tal vez esta pregunta es demasiado difícil para los hombres y demasiado precipitada. Preguntemos por eso antes lo que esté por decir de Dios. Preguntemos primero solamente: ¿Qué es Dios?

Felizmente y como ayuda, se han conservado versos de Hölderlin que material y temporalmente pertenecen al ámbito del poema “En suave azul florece...” Ellos comienzan \*:

“¿Qué es Dios? desconocido, sin embargo  
Lleno de cualidades suyas es el semblante  
Del cielo. Los rayos y también  
La ira son de un Dios. Algo cuanto más  
Invisible es, se destina en lo extraño...”

Lo que permanece extraño a Dios, las miradas del cielo, esto es lo confiado al hombre. ¿Y qué es esto? Todo lo que en el cielo y por con-

\* Stuttg. Ed. 2, 1 p. 210.

siguiente debajo del cielo y por consiguiente sobre la tierra brilla y florece, resuena y aromatiza, asciende y viene, mas también va y cae, mas también se queja y calla, mas también empalidece y obscurece. En esto lo confiado al hombre, mas extraño a Dios, se destina lo desconocido, para que allí permanezca protegido como lo desconocido. El poeta, empero, clama en la palabra cantante toda claridad de las miradas del cielo y cada eco de sus rutas y aires y allí trae a lo clamado para iluminar y para resonar. Solamente que el poeta no describe, si él es poeta, el simple aparecer del cielo y de la tierra. El poeta clama en las miradas del cielo Aquello que en el desvelarse deja aparecer precisamente lo que-se-oculta, a saber: *como* lo que-se-oculta. El poeta clama lo extraño en las confiadas apariencias como aquello en lo cual se destina lo invisible para seguir siendo lo que es: desconocido.

El poeta poetiza sólo si toma la medida cuando él dice de tal manera las miradas del cielo, que él se somete a sus apariciones como el extraño en el cual se “destina” el Dios desconocido. El hombre que nosotros corrientemente usamos por mirada y aspecto suena a algo como imagen (*Bild*). La esencia del cuadro (*Bild*) es: dejar ver algo. En cambio, los retratos y las reproducciones son, después de todo, variaciones del cuadro (*Bild*) propiamente, el que, en cuanto mirada deja ver lo invisible y lo encuadra así en un algo que le es extraño. Puesto que el poetizar toma aquella misteriosa medida, a saber, en el semblante del cielo, por eso habla el poetizar en “imágenes” (*Bildern*). Es por eso que las imágenes (*Bilder*) poéticas son imaginaciones (*Ein-Bildungen*) en un sentido extraordinario: no son simples fantasías e ilusiones, sino que son imaginaciones en cuanto inclusiones visibles de lo extraño en la mirada de lo confiado. El poético decir de las imágenes reúne claridad y resonancia de las apariciones del cielo en Uno con lo obscuro y el callar de lo extraño. Por tales miradas extraña Dios. En la extrañeza anuncia su proximidad no dejada. Es por eso que Hölderlin después de los versos “Pleno de mérito, mas, poéticamente habita el hombre sobre esta tierra” puede continuar en el poema:

“... Pero no es más pura  
La sombra de la noche con las estrellas.  
Si así pudiera yo decir, tal como  
El hombre, a quien se le llama una imagen de la divinidad.”

“... La sombra de la noche”, la noche misma es la sombra, aquello obscuro que nunca puede llegar a ser simples tinieblas, porque en

cuanto sombra queda confiada a la luz y queda arrojada de la luz. La medida, la que el poetizar toma, se destina como lo extraño, en el cual el invisible se guarda en lo confiado de la mirada del cielo. Es por eso que la medida es el carácter esencial del cielo. Pero el cielo no es mera luz. El brillo de su altura es en sí lo oscuro de su amplitud que todo lo alberga. El azul del suave azulado del cielo es el color de la profundidad. El brillo del cielo es el levante y el ocaso del crepúsculo que alberga todo lo anunciante. Este cielo es la medida. Por eso el poeta ha de preguntar:

“¿Hay una medida sobre la tierra?”

Y ha de responder: “No hay ninguna”. ¿Por qué? Porque aquello que nombramos cuando decimos “sobre la tierra” sólo persiste en cuanto el hombre habita-en (*be-wohnt*) la tierra, y en el habitar deja a la tierra ser en cuanto tierra.

El habitar, sin embargo, únicamente acontece cuando el poetizar se realiza y despliega su esencia (*west*), y precisamente en aquel modo cuya esencia ahora barruntamos, a saber, como la toma-de-medida para todo medir. Ella misma es el propio re-medir, no es medir con metros fijos para la elaboración de planos. El poetizar no es por eso tampoco un construir en el sentido del erigir y del instalar de lo construido. Pero el poetizar, en cuanto el propio medir-en-toda-su-extensión la dimensión del habitar, es el construir primigenio. El poetizar deja llevar el habitar del hombre antes que nada a su esencia. El poetizar es el originario dejar habitar.

La frase: El hombre habita en cuanto él construye, ha recibido ahora su sentido propio. El hombre no habita en cuanto él únicamente instala su detención sobre la tierra debajo del cielo, cuidando él el crecimiento como labrador-constructor (*Bauer*) y erigiendo al mismo tiempo lo construido. El hombre es capaz de este construir sólo cuando él ya construye en el sentido de la toma-de-medida poética. El propio construir acontece en cuanto son poetas aquellos que toman la medida para la arquitectónica, para la estructura de construcciones del habitar.

El 12 de marzo de 1804 escribe Hölderlin desde Nürtingen a su amigo Leo v. Seckendorf: “La fábula, la visión poética de la historia y de la arquitectónica del cielo me preocupan actualmente de preferencia, especialmente lo nacional en cuanto es diferente de lo griego.” \*

\* Hellingrath V 2. p. 333.

“...poéticamente habita el hombre...”

El poetizar edifica (*erbaut*) la esencia del habitar. Poetizar y habitar no se excluyen en modo alguno. Poetizar y habitar se pertenecen más bien mutuamente exigiéndose alternativamente uno a otro. “Poéticamente habita el hombre.” ¿Habitamos *nosotros* poéticamente? Presumiblemente nosotros habitamos del todo impoéticamente. Si las cosas están así puestas, ¿será por eso la palabra del poeta mentira y no verdad? No. La verdad de su palabra se confirmará de la manera más inquietante. Pues un habitar sólo puede ser impoético porque el habitar en esencia es poético. Para que un hombre pudiese ser ciego, ha de permanecer, conforme a su esencia, un vidente. Un pedazo de madera jamás puede enceguecer. Pero si el hombre llega a enceguecer, entonces siempre surge la pregunta, de si la ceguera resulta de una insuficiencia y de una pérdida, o bien si reposa en una sobreabundancia y en un exceso de medida. En el mismo poema en que medita sobre la medida de todo medir, Hölderlin dice (versos 75/76): “El rey Edipo tiene tal vez un ojo demás”. Así pudiera ser, que nuestro habitar impoético, que su incapacidad para tomar la medida, resulte de un singular exceso de un medir y calcular desencadenados.

Que nosotros habitemos y en qué medida habitemos impoéticamente, sólo podemos experienciarlo, en todo caso, si nosotros sabemos lo poético. Si nos toca y cuándo nos toca un cambio del habitar impoético, nos es permitido aguardarlo únicamente cuando mantenemos lo poético con cuidado y con atención. Cómo y hasta qué punto pueden tener una participación nuestro hacer y nuestro dejar, lo garantizamos únicamente nosotros mismos cuando tomamos en serio lo poético.

El poetizar es la capacidad fundamental del habitar humano. Pero el hombre es capaz del poetizar en cada caso sólo según la medida de cómo su esencia le es propia a aquello que prefiere al hombre y por ello necesita su esencia. Según la medida de esta apropiación, el poetizar es propia o impropia.

Por eso el propio poetizar no se realiza en todo tiempo. ¿Cuándo y cuánto dura el propio poetizar? Hölderlin lo dice en los versos ya leídos (26/29). Su explicación ha sido intencionalmente postergada hasta ahora, los versos rezan:

“...Mientras la pureza, la amabilidad aún  
Perduren junto al corazón, no se mide”

Desventuradamente el hombre  
Con la divinidad..."

"La amabilidad", ¿qué es esto? Una palabra inofensiva, pero nombrada por Hölderlin junto al calificativo mayúsculo "la pureza". "La amabilidad", ésta es la palabra —si la tomamos literalmente— para la palabra griega χάρις, magníficamente traducida por Hölderlin. De la χάρις dice Sófocles en el "Ajax" (v. 522):

χάρις χάριν θάο ἐστὶν ἢ τίπτουσ' αἰεί.  
(*"Huld denn ist's, die Huld hervor-ruft immer."*)

"Benevolencia entonces es, la benevolencia e-voca siempre."

"Mientras la pureza, la amabilidad aún perduren junto al corazón..." En un giro que a Hölderlin le gusta usar dice: "junto al corazón", no: en el corazón; "junto al corazón", esto significa: haber llegado a la esencia habitante del hombre, haber llegado al corazón como apelación de la medida, para que éste tenga en cuenta la medida.

Mientras dure esta llegada de la benevolencia, se logra que el hombre se mida con la divinidad. Si este medir se realiza, entonces poetiza el hombre desde la esencia de lo poético. Si lo poético se realiza, entonces el hombre habita humanamente sobre esta tierra, entonces es, como Hölderlin dice en su último poema, "la vida de los hombres" una "vida habitando".\*

*El panorama*

Cuando a lo lejos la vida de los hombres va habitando,  
Allí donde a lo lejos relumbra el tiempo de la vida,  
También entonces está la campiña de verano vacía,  
El bosque aparece con su oscura imagen.  
Que la naturaleza complete la imagen de los tiempos,  
Que ella permanezca, ella de prisa se desliza  
De perfección, entonces la altura del cielo resplandece  
A los hombres, como a los árboles coronados de floración.

\* Stuttg. Ed. 2, I p. 312.